

(XII)

<i>Irrevocable destino de un autor silbado.</i> . . . . .	289
<i>A Lesbia modista.</i> . . . . .	id.
<i>A la misma de otro modo.</i> . . . . .	290
<i>A la misma de otro modo.</i> . . . . .	id.
<i>A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio.</i> . . . . .	id.
<i>A Gerencio.</i> . . . . .	291
<i>A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.</i> . . . . .	id.
<i>Al mismo.</i> . . . . .	id.
<i>A un mal bicho.</i> . . . . .	292
<i>A una señorita francesa.</i> . . . . .	id.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

<i>Los Padres del Limbo.</i> . . . . .	293
<i>La Anunciacion.</i> . . . . .	297
<i>Cántico á nombre de unas niñas españolas de familia refugiada en Francia.</i> . . . . .	300
<i>Alocucion con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galan de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.</i> . . . . .	302
<i>El coche en venta.</i> . . . . .	304
<i>Traducción de Grecourt.</i> . . . . .	309
<i>Traducción de Pablo Rolli.</i> . . . . .	310
<i>Idilio á la ausencia.</i> . . . . .	311
<i>La sombra de Nelson.</i> . . . . .	316
<i>Al nacimiento de la actual Condesa de Chinchon.</i> . . . . .	321
<i>Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.</i> . . . . .	326
<i>Elegía á las Musas.</i> . . . . .	327
<i>Notas.</i> . . . . .	331
<i>Índice de materias contenidas en los cuatro tomos de esta edicion.</i> . . . . .	355

LA DERROTA

DE

LOS PEDANTES.

~~~~~  
Neminem specialiter meus sermo pulsabit. Generalis de vitiis disputatio est. Qui mihi irasci voluerit, prius ipse de se, quod talis sit, confitebitur.

S. HIERONYM. EPIST. AD NEPOTIAN. . . . .  
~~~~~



*Esta obra no necesita prólogo: por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponérselas.*

**E**STÁBASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas: la alcoba tenebrosa y fresca: el palacio en profundo silencio; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente Magestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio: dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talares, porque Madama Terpsícore,

\*



la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiarse. Afligióse sobremanera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano, si no deponer todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena, y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. ¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo: qué es esto? ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes: ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual menos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos

mas. ¿Pero no sabremos?..... No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa y acudir todos á la defensa, sin andarse en aqui me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro.

¿Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de nectar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. ¡Majadero de mí que podria estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda. ¡Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba hervorizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba roncaba todavia como un Provincial.



Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia despertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos, y remesándose los pelos como unas desesperadas.

¿Qué haces, hermano? le decían á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. ¡Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un egército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan egércitos en el mundo.

Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello,

que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. Ay hijo mio: ¿descalabrado estás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿Qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion? No son esos, replicó Polimnia: ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleiros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas: otros, que no habiendo saludado jamas los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es



sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la Nación que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapácibles graznidos el común quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de

todos ellos (\*). Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. ¿Pero qué me detengo?..... ¡miserable!..... Corre, y verás por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas castellanas se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detras de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcazar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos egércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos

(\*) Por estas señas se viene en conocimiento del tiempo en que se escribió este opúsculo, que fue á principios del año de 1789, cuando á poco de haber fallecido el Sermo. Sr. Infante D. Gabriel y su Esposa, ocurrió tambien la dolorosa muerte del señor D. Carlos III y le sucedió en el trono su hijo D. Carlos IV. En todo lo demas del opúsculo hay frecuentes alusiones á sucesos literarios y á escritores de aquella época, que reconocerán facilmente los curiosos. (*Nota de la Academia.*)



que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio, y de los Poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias Ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que había unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses rezelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temían verse precisa-

dos á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristesísimos, ¡ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor: los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes, ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban: los enemigos se aumentan sucesivamente: no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

¿Y mis zapatos? dijo Mercurio, ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; pónelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines aligeros: ¿yo escapar? no en mis días: ahora sí, es-



capar: dejadme á mí, y vereis quién es Calleja.

Dicho esto se disparó, por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. ¡Ah de abajo! decía, ¿qué tremolina es esta? ¿qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcazar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: mi hermano Apolo quiere que dejeis las armas por una y otra parte: y á vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviéreis, me la digais al instante, sin andaros en ambages ni tranquilas, que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los

de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se ponga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la línea



de estos arcos: nadie se atreva á insultar á otro: no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buhidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decía el dios del babeo únicamente para atemorizarlos: porque segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpomene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiraron á los parages señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa: torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y

disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza: que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fue á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fue en derechura á la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la cerradura y parecióle que estaba re-



citando versos, y asi era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macias.

¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¡No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos copillitas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.

En esto le abrió la puerta del cochitril diciéndole muy halagüeño: salga acá afuera, señor galan, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad: salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

¡Oh favor! exclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistia; pero no lo pudo evitar: levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido,

siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

¡Que es posible, decia, arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo numen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! ¡Pero es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¡Es realidad física, ó extravío de la imaginacion férvida? ¡Es soporoso nocturno raptó, que en la atezada caligine.... No es caligine, ni raptó atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

¡Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¡tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. Si es posible ó no, añá-